

merables particularidades y sus interminables ramificaciones. Quiere ver en el hombre, no una pasión general, como la ambición, la cólera ó el amor; no una cualidad pura, como la bondad, la avaricia ó la estolidez; sino el *carácter*, la impresión extraordinariamente complicada que han grabado en cada individuo la herencia, el temperamento, la educación, el oficio, la edad, la sociedad, la conversación, los hábitos: sello incomunicable y personal que, una vez impreso en un hombre, no se encuentra en ninguna otra parte. Quiere ver en el héroe, no sólo el héroe, sino el individuo, con su manera de andar, de beber, de jurar, de sonarse, con su metal de voz, su delgadez ó su gordura (1), y penetra así, de mirada en mirada, hasta las profundidades de las cosas, como minero que va practicando hondas perforaciones. Hecha una perforación, poco le importa que la siguiente esté á dos pasos ó á cien pasos de la primera; basta que vaya al encuentro del mismo terreno y sirva también para manifestar la capa interior é invisible. La lógica aquí anda por debajo, no por encima. La unidad de un carácter es el lazo que liga dos acciones del personaje, como la unidad de una impresión es el lazo que liga dos escenas del drama. Hablando propiamente, el espectador es como un hombre que se pasease al lado de un muro provisto de ventanitas de trecho en trecho; por cada ventana abarca momentáneamente un paisaje nuevo con sus millones de pormenores; concluido el paseo, si es de raza y educación latinas, tiene en la cabeza un confuso tropel de imágenes y pide un mapa para orientarse; si es de raza y educación germánicas, percibe en conjunto, por una concentración natural, la

(1) Véase *Hamlet*, *Coriolano*, *Hotspur*.

dilatada comarca que sólo ha visto á retazos. Tal concepción, por la multitud de pormenores que recoge y por la profundidad de las lejanías que abraza, es una semivisión que agita el alma toda. Con qué energía, con qué desdén de los miramientos, con qué violencia de verdad se atreve á acuñar la medalla humana, sus obras van á decirnoslo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI

Consideremos los diversos personajes que ese arte, tan atento á la pintura de las costumbres reales y tan á propósito para la pintura del alma viva, va á buscar entre las costumbres reales y las almas vivas de su tiempo y su país. Los hay de dos especies, según conviene á la naturaleza del drama: unos que producen el terror, otros que excitan la compasión; unos delicados y femeninos, otros viriles y violentos; todas las diferencias del sexo, todos los extremos de la vida, todos los conflictos de la escena se encierran en ese contraste, y si alguna vez fué completo el contraste, es aquí.

Lea el lector algunas de esas obras; de otro modo, no tendrá idea de los furores en que se ha precipitado el drama; allí la fuerza y el arrebató rayan á cada momento en la atrocidad y rebasan todos los límites. Asesinatos, envenenamientos, suplicios, vociferaciones de la demencia y la rabia, ningún transporte ni ningún sufrimiento son demasiado extremados para su esfuerzo ó su vehemencia. La cólera aquí es una locura, la ambición un frenesí, el amor un delirio. Hipó-

lito, que ha perdido á su amada (1), la ve radiante en el cielo como visión venturosa. «Allá está, en esas torres de estrellas, con los ojos fijos en mí para ver si la sigo siendo fiel.» Areto, para vengarse de Valentiniano, le envenena después de haberse envenenado á sí propio, y hace que le lleven á él agonizante ante el lecho de su enemigo para torturarlo anticipadamente con la imagen de la agonía. La reina Brunehaut tiene un proveedor de amantes á quien emplea en escena, y hace que sus dos hijos se maten uno á otro. La muerte está en todas partes; al fin de cada drama los grandes personajes se ven envueltos en sangre; el escenario se convierte en campo de batalla ó cementerio (2). ¿Contaré algunas de esas tragedias? Francesco, para vengar á su hermana seducida (3), quiere seducir á su vez á la duquesa Marcella, mujer de Sforza, el seductor. La quiere; la tendrá; se lo dice con gritos de amor y de rabia: «Con estos brazos atravesaré un mar de sangre, me haré un puente de huesos de hombres; pero mis brazos irán hasta vos, hasta vos, amada mía, la más amada y la mejor de las mujeres.» Decidido á que el duque sufra por causa de ella la calumnia, y el marido, que la adora, la mata. Después, visto el error, se pone frenético; no quiere creer que esté muerta; manda exponer el cadáver con las vestiduras reales, y se arrodilla delante de él gritando y llorando. Ahora conoce el nombre del traidor, y al saberlo, tan pronto desfallece como se arrebata (4): «Le seguiré al infer-

(1) Middleton *The Honest Whore*.

(2) Beaumont y Fletcher, *Valentinian*; Thierry and Theodoret. Véase en Massinger, *The Picture*; es la *Barberine* de Musset. La crudeza, la energía extraordinaria y repulsiva mostrarán la diferencia de los dos siglos.

(3) Massinger: *Duke of Milan*.

(4) Massinger: *Duke of Milan*, acto II, esc. I; acto V, esc. II.

no, hasta que le encuentre, y allí habitaré para torturarlo como una furia. Y en cuanto á este brazo y esta mano detestable que guiaron el acero maldito los desgarraré trozo á trozo con hierros candentes y me los comeré como un buitre que soy, nacido para saborear semejante carroña.» De repente estertora y cae; ha andado ahí también la mano de Francesco, y el veneno hace su oficio. El duque muere, y el culpable de su muerte va á la tortura.—Hay cosa peor: para encontrar sentimientos bastante violentos llegan hasta los que desnaturalizan al hombre. Massinger presenta en escena un padre justiciero que da de puñaladas á su hija; Webster y Ford, un hijo que asesina á su madre; Ford, los amores incestuosos de dos hermanos (1). Los subyuga el amor irresistible, el amor antiguo de Pasifae ó de Mirrha, especie de locura que se asemeja á un hechizo y á cuyo imperio se doblega toda voluntad. «¡Perdido! ¡estoy perdido! (dice Giovanni). ¡Mi destino me ha condenado á muerte! (2). Cuanto más lucho, más amo; y cuanto más amo, menos espero; veo segura mi ruina... He fatigado al cielo con oraciones; he agotado el manantial de mis continuas lágrimas; he secado mis venas á fuerza de ayunos. Cuanto pueden aconsejar el ingenio ó el arte yo lo he hecho; pero ¡ay! he visto que todo eran puros sueños y cuentos de viejas para asustar y contener á la juventud. Yo sigo siendo el mismo; es menester que hable ó que perezca.» ¡Qué transportes después! ¡Qué delicias tan profundas, pero también qué breves, qué dolorosas y qué mezcla-

(1) Massinger: *The Fatal Dowry*; Webster y Ford, *A late murderer of the son upon the mother*; Ford, *Tis a pity she is a whore*. Véase también *The Broken Heart*, de Ford, y las sublimes escenas de agonía y de locura.

(2) *Tis a pity she is a whore*, acto I.

das de angustias, sobre todo para ella! La casan con otro; léase la admirable y horrible escena de la noche de bodas. Ella está en cinta, y Soranzo, el marido, la arrastra por el suelo entre execraciones, queriendo saber el nombre del amante (1). «¡Zorrastronal! ¡Prostituta! ¡Más que prostituta! ¿No había otro mejor en Parma á quien endosar el maula que bulle en ese in-noble vientre, en ese saco de bastardos? ¿Era preciso que se refocilaran hasta hartarse la comezón y los ardores de tu lujuria, y que me eligieses á mí entre ciento para tapadera de tus devaneos ocultos y de tus solaces de alcoba? Yo arrastraré por el polvo ese cuerpo podrido de lujuria. ¿Quién es él? Dime su nombre, ó te hago tajadas. ¿Quién es él?» Ella ríe; se crece con el exceso del miedo y del oprobio; le insulta cara á cara; se pone á cantar. ¡Que de mujer todo eso! Deja que la pegue y la arrastre. «¡Sigue, sigue!» En esa situación, exaltados los nervios, sin sentir ya nada, se niega á decir el nombre, y encima alaba á su amante, le adora en presencia del otro. Ese acto de adoración en lo más recio del peligro es para ella como una rosa que coge y con la cual se embriaga. «No sois digno de pronunciar ese nombre; para tener el honor de oírle de otra boca necesitaríais ponerlos de rodillas.»— «¿Quién es?»—Ella se ríe nerviosamente: «¡Calma! Basteos saber que tendréis el honor de proporcionar un padre á lo que ha engendrado padre tan excelente. Es un niño; estáis de enhorabuena, señor; tendréis un hijo que herede vuestro nombre.—¡Miserable!—¡Ah! si no queréis oír, no hablaré más.—Sí; habla, y serán tus últimas palabras.—¡Aceptado, aceptado!» ¡Qué grito repentino el que corta este torrente de ironía!

(1) *Ibid.*, acto IV, esc. III.

Verdadero grito de exaltada, que está ansiosa de morir y pide que la acaben cuanto antes.—Al fin se ha descubierto todo, y los dos amantes saben que van á morir. Por última vez se ven en el aposento de Annabella, oyendo á sus pies la algazara de la fiesta que les servirá de funerales. Giovanni, que ha tomado su resolución extrema, mira á Annabella engalanada, deslumbradora. La mira silenciosamente, y evoca sus recuerdos. Lloro (1). «Son lágrimas funerales, Annabella, lágrimas derramadas sobre vuestra tumba; otras así surcaban mis mejillas cuando os amé por vez primera, y no sabía cómo pedirlos vuestro amor... Dadme la mano. ¡Qué suavemente circula la vida por estas venas azuladas! Vuelve á besarme, perdóname... Adiós.» Diciendo así, la clava el puñal, y arrancándola el corazón, le lleva en la punta del acero á la sala del banquete y se le presenta á Soranzo entre risas sarcásticas é insultos. «Mira; ahí tienes el corazón de tu mujer. Un trueque regio; yo tomo á cambio el tuyo.» Le mata y se deja matar él, precipitándose sobre las espadas enemigas. Parece que la tragedia no puede ir más allá.

Ha ido más allá; porque, si aquí se encuentran melodramas, son melodramas sinceros, no fabricados, como los nuestros, por literatos de café, para pacíficos burgueses, sino escritos por hombres apasionados y duchos en punto á acciones trágicas, para una raza violenta y triste. De Shakspeare á Milton, á Swift, á Hogarth, ninguna se ha saciado más de crudezas y horrores; y sus poetas se los dan á granel, y más aún que Ford, Webster, hombre sombrío, cuyo pensamiento parece habitar continuamente los sepulcros y

(1) *Ibid.*, acto V, esc. V.

los osarios. «Los puestos de la corte (dice) son como camas de hospital, donde la cabeza de tal hombre está á los pies de tal otro, y así sucesivamente, siempre bajando (1).» Eso como muestra de sus imágenes. En lo que toca á retratar desesperados, dechados de maldad, misántropos furibundos (2); en todo lo que sea ennegrecer la vida humana y blasfemar de la existencia; en lo que atañe especialmente á pintar la insolente depravación y la refinada ferocidad de las costumbres italianas, en eso no hay quien le iguale (3). La duquesa de Amalfi se ha casado secretamente con su mayordomo Antonio, y su hermano sabe que tiene hijos; casi loco de furor, sufre en silencio la herida de su orgullo, aguardando á saber el nombre del padre; después, cuando se entera, quiere matarla, pero haciéndola saborear la muerte. ¡Que sufra bien, y, sobre todo, que no muera demasiado pronto! Que padezca su corazón: esos dolores son peores que los de la carne. Envía asesinos contra Antonio: entre tanto busca á su hermana en la oscuridad, la habla afectuosamente, parece reconciliarse con ella, y de pronto la enseña figuras de cera acribilladas de heridas, que la infeliz toma por su marido y sus hijos degollados. Se queda anonadada, y permanece taciturna, sin proferir un grito. Á las palabras de animación y de consuelo no responde más que con una extraña sonrisa de estatua. «Vamos, valor, yo salvaré vuestra vida.—No estoy yo para pensar en tan poca cosa.—Creed que os compadezco.—Pues estás loco, para

(1) *Duchess of Malfi*, acto II esc. I.

(2) El tipo de Bosola, el de Flaminio.

(3) Véase Stendhal: *Crónicas italianas: Los Cenci, La Duquesa de Palliano*, y todas las *Vidas del tiempo*—la de los Borgia, de Bianca Capello, de Vittoria Accoramboni, etc.

malgastar así tu compasión; yo, por mi parte, no puedo tener lástima de mí misma.... Mi corazón está lleno de puñales.» Palabras lentas, pronunciadas á media voz, como en un sueño ó como si hablase de otra persona. Su hermano la envía una cuadrilla de locos, que saltan y chillan, y divagan lúgubrementemente en torno suyo: horrible espectáculo capaz de trastornar la razón y que es como una imagen anticipada del infierno. Ella no dice nada; mira. Su corazón está muerto; sus ojos permanecen inmóviles. «¿En qué pensáis?—En nada. Cuando me abstraigo así, duermo.—Como una loca, con los ojos abiertos.—¿Crees tú que nos conoceremos el uno al otro en el otro mundo?—Sí, por de contado.—¡Oh! ¡si se pudiese tener una conversación de dos días siquiera con los muertos! Ellos me enseñarían algo, de seguro, que aquí no sabré nunca. Voy á revelarte un milagro: aún no estoy loca... El cielo me parece de bronce derretido, la tierra de azufre inflamado, y, á pesar de todo no estoy loca. Me he acostumbrado á la desesperación, como un galeote al remo.» En tal situación, los miembros se estremecen aún, como los de un ajusticiado, pero la sensibilidad está agotada; el cuerpo misero no se agita ya más que maquinalmente: ha sufrido demasiado.—Por fin, viene el sepulturero, acompañado de verdugos; traen un ataúd, y se canta delante de ella el oficio de difuntos. «Adiós, Cariola; te suplico que des á mi niño un poco de jarabe para su resfriado, y que hagas rezar á la niña sus oraciones antes de dormirse. Ahora, á vuestra disposición. ¿Qué muerte?—Estrangulada; aquí están los ejecutores.—Yo los perdono: la apoplejía, el catarro, unos, harían lo mismo que ellos... ¿Entregaréis mi cadáver á mis mujeres, no es verdad?... Apretad, apretad

de firme... Cuando esté enterrada, diréis á mis hermanos que pueden comer tranquilos.» Después del ama, la doncella; ésta se revuelve y grita: «Yo no quiero morir, no puedo morir: estoy prometida á un caballero.—La cuerda os servirá de anillo de matrimonio.—Si me matáis ahora, me condeno: hace dos años que no he ido á confesar.—Deprisa entonces.—Estoy embarazada.» Se resiste, araña, muerde. La estrangulan, y con ella á los dos niños. Antonio es asesinado; al cardenal y á su amante, al duque y á su confidente, los envenenan, ó degüellan; y en medio de esa mantanza, las palabras solemnes de los moribundos, como trompetas de duelo, pregonan la maldición universal de la vida. «¡Oh mundo sombrío (1)! ¡En qué lobreguez, en qué profundo pozo de tinieblas vive la misera y medrosa humanidad! Corremos tras la gloria, como los niños en pos de las burbujas lanzadas al aire.—¿Qué es el placer? No más que las horas de respiro en una fiebre: un reposo que nos prepara á soportar el dolor.—Cuando caemos por ambición, asesinato ó voluptuosidad, siempre cedemos, como el diamante, al poder de nuestro propio polvo (2).» No se encontrará nada más triste y más grande, desde el Edda hasta lord Byron.

Ya se comprende qué caracteres tan poderosos se necesitan para sostener estos terribles dramas. Todos esos personajes están prontos á las acciones extremas; sus resoluciones son estallidos; á cada momento se ve fulgurar sus ojos, palidecer sus labios, temblar sus músculos, ponerse en tensión todo su ser. La sobreexcitación de la voluntad crispa sus manos violentas,

(1) *Duchess of Malfi*, acto V, esc. V, *Vittoria*, pág. 36.

(2) *The White Devil*. escena última.

y la pasión acumulada fulmina exhalaciones que arrasan cuanto los circunda y destrozan su propio corazón. Conocidos son los héroes de esta población trágica, los Yago, los Ricardo III, las lady Macbeth, los Otelo, los Coriolano, los Hotspur, colmados todos de genio, de valor y de anhelos, insensatos ó criminales las más de las veces, siempre precipitados á la tumba por sí propios. Hay tantos alrededor de Shakspeare como en Shakspeare; notemos uno solo, en este Webster mismo. Nadie, después de Shakspeare, ha penetrado más en las profundidades de la naturaleza diabólica y desencadenada. *The White Devil* (el Diablo Blanco) es el nombre que da á su heroína. Su Victoria Corambona toma por amante al duque Brachiano, y desde la primera entrevista sueña ya con muertes. «Para pasar el tiempo os contaré un sueño que tuve anoche: una quimera vana y ridícula.» Es un sueño muy bien contado y aún mejor elegido, de sentido profundo y de significación asaz clara. «¡Diablillo! (dice muy bajo su hermano). So color de sueño, le alecciona para dar pasaporte á su marido y á la duquesa.» En efecto; se estrangula al marido, se envenena á la duquesa, y Victoria, acusada de ambos crímenes, es llevada ante el tribunal. Palmo á palmo, como un soldado acorralado contra una pared, se defiende y desafía á sus jueces y acusadores, sin palidecer ni turbarse, con entendimiento lúcido y palabra expedita, en medio de las injurias y de las pruebas, y á pesar de la amenaza del cadalso. El acusador empieza hablando en latín: «No; que hable en lengua vulgar, ó no respondo.—Pero vos comprendéis el latín.—Le comprendo, pero quiero que se entere todo este auditorio.» Quiere un duelo público á pecho descubierto, en plena luz, y provoca al acusador. «Heme aquí en el blanco; dispa-

rad sobre mí, yo os diré hasta qué punto acertáis.» Se burla de su jerga, le insulta con mordaz ironía. «Señores, este procurador se ha tragado, por lo visto, alguna receta de médico ó alguna fórmula de boticario, y ahora devuelve las palabrotas indigestas, como el halcón las piedras que solemos darle por medicina. La verdad es que, al lado de su latín, esto es bajo bretón.» Después, en lo más recio de las maldiciones de los jueces: «Al grano; dejémonos de frases; ni eso; ni gracia tampoco. Probad que soy culpable, arrancad mi cabeza del tronco; nos separaremos como buenos amigos; pero yo, señor, desdeño deber mi vida á vuestra piedad ni á la de nadie... En cuanto á vuestras palabras aparatosas, no son más que diablos pintados con que podéis asustar á los niños; yo pasé ya de la edad de esos vanos terrores. Por lo que hace á los nombres de prostituta y homicida, proceden de vosotros, y el que escupe contra el viento se escupe á sí mismo (1).» Oponiendo argumento á argumento, tiene un quite para cada golpe, un quite y una respuesta. «Me habéis empobrecido ya, y aún queréis perderme. Tengo casas, alhajas y unos cuantos ducados; con eso, sin duda, podréis ser caritativos...» Luego, con voz estridente: «A la verdad, señor, haríais bien en disparar vuestras pistolas contra las moscas: sería más noble.» Se la condena á reclusión en una casa de arrepentidas. «¿Una casa de arrepentidas? ¿Qué es eso?—Una casa de prostitutas arrepentidas.—¿Es que la han edificado los nobles de Roma para sus mujeres, y por eso se me envía allí?» Lanza el sarcasmo derecho como una estocada, y tras él otro, y después gritos y execraciones. No se doblegará, no llorará. Sale ergui-

(1) *The White Devil*, pág. 22, edic. Dyce.

da y más altanera cada vez: «¿Una casa de arrepentidas? No, no será una casa de arrepentidas. Mi conciencia la hará más honrada para mí que el palacio del Papa, y más tranquila que tu alma, aunque seas cardenal (1).»—Contra su amante furioso, que la acusa de infiel, es tan valiente como contra sus jueces: le arroja á la cara la muerte de su mujer, y le obliga á pedir perdón y á casarse con ella. Representará la comedia hasta lo último ante el cañón de la pistola, con un descaro y un valor de cortesana y de emperatriz (2). Cogida en el lazo finalmente, se mostrará ante el puñal no menos valerosa y aún más insultante. «No temo nada; recibiré la muerte como recibe un príncipe á los grandes embajadores. Andaré la mitad del camino para ir al encuentro de tu arma... Acabas de hacer una hombrada. La próxima será degollar un niño de pecho; y entonces serás célebre (3).» Cuando una mujer se despoja de su sexo, sus actos van más allá que los del hombre, y no hay ya nada que no sepa sufrir ó arrostrar.

## VII

Al lado de esta legión trágica de rostros imponentes, de frentes de bronce, de actitudes guerreras, hay un coro de figuras suaves y tímidas, tiernas por antonomasia, las más encantadoras y dignas de amor que el hombre ha podido imaginar; nos las ofrece Shakspeare en *Miranda*, *Julieta*, *Desdémona*, *Virginia*, *Ofelia*,

(1) *Ibidem*.

(2) Compárese con Mme. Marneffe, de Balzac.

(3) Última escena.